



Felipe Arizmendi

Debatir o descalificar

MIRAR.— Cuando yo estudiaba Teología en la Universidad Pontificia de Salamanca, España (1959-1963), cada ocho días, en el salón de clases y con todos los alumnos de varios países, teníamos un ejercicio parecido a un debate para profundizar en alguna tesis: alguien exponía y otros ponían objeciones.

Cuando me tocó exponer, me indicó el profesor que debía hablar sobre la inhabitación de Dios en nosotros, según 2 Pedro 1,4 que dice: "Ustedes participan de la naturaleza divina". Pusieron a dos compañeros que me hicieran objeciones sobre el tema y yo procuré defender lo que dice la sana doctrina.

El debate era sobre ideas, no sobre nuestra vida personal. Así aprendíamos a profundizar los temas. ¡Excelente recurso pedagógico! Todo era en latín. No había distracciones, como ahora con los celulares que distraen a los alumnos: no profundizan los temas ni los retienen en la memoria.

Estamos en tiempo preparatorio a elecciones en nuestro país y es costumbre organizar debates entre los contendientes a diversos puestos. Son interesantes para conocer las propuestas que cada quien ofrece y valorar su personalidad. Sin embargo, lo que más resalta son las descalificaciones entre candi-



datos. Más que debatir sobre las diferentes opciones para mejorar el país, que no son sólo dos, se ventilan datos, ciertos o mal interpretados, incluso sobre la vida privada, para sembrar desconfianza hacia los otros y ganar votos. Eso rebaja la calidad de los debates, pues parecen más un ring de peleas y un campo de batallas, en que se intenta derrotar a los otros; es poca la discusión sobre la conveniencia o factibilidad de una propuesta.

La sana discusión se degrada cuando todos los días por la mañana se ofende a quien no está de acuerdo con una forma de gobernar; cuando se pontifica sobre todos los asuntos, como si se tuvieran todos los datos y como si uno fuera la mejor solución a los problemas y necesidades reales. Abusando del poder que se tiene, se insulta y se descalifica a quienes tienen otra forma de ver las cosas. Esto degrada la política; ya no es un diálogo respetuoso para encontrar juntos la mejor opción, sino una autodefensa con ofensas a los demás. Eso no es inteligencia, menos sabiduría, sino sólo astucia demagógica. Hace falta un diálogo respetuoso entre las distintas visiones de país, no los pleitos viscerales que a veces vemos también entre los legisladores.

ACTUAR.— Es recomendable ver los debates entre candidatos, para estar mejor informados y el 2 de junio próximo emitir nuestro voto más razonado; pero hay que discernir y no dejarse convencer por las ofertas más atractivas y por la propaganda, ni siquiera por las encuestas, menos por el dinero que el gobierno reparte, que por cierto no es suyo sino de nuestros impuestos

Obispo Emérito de San Cristóbal de las Casas